

Thomas Wolfe
El ángel que nos mira
Traducción de José Ferrer Aleu

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 03/09/2026 y 21/10/2026
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

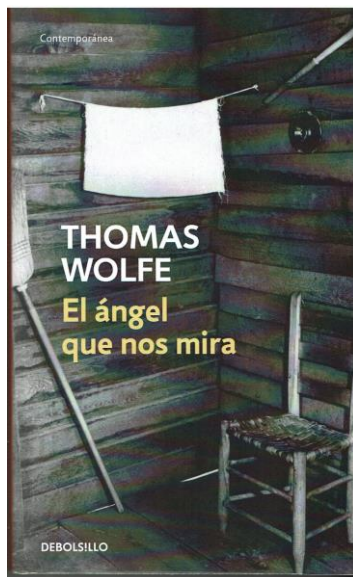
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Thomas Wolfe

El ángel que nos mira

Traducción de José Ferrer Aleu

Barcelona, 2023, Random House (Edic. orig., 1929)



DEBOLSILLO Contemporánea

«Una historia maravillosa para toda persona joven con grandes ambiciones literarias, pero que también habla de los anhelos que nos acompañan toda la vida».

Elizabeth Kostova

Eugene Grant nace con el siglo xx y crece en el seno de una familia disfuncional del sur de Estados Unidos. Extraño en su tierra y apasionado observador de la vida que lo rodea, se enfrentará al desasosiego y a la visión de la muerte hasta comprender que debe abandonar su hogar para abrirse camino en el mundo. Su despertar erótico, sus descubrimientos estéticos y sus viajes por Estados Unidos y Europa conforman luego la trama de esta desbordante novela de aprendizaje, que se ha comparado con obras como *Retrato del artista adolescente* de James Joyce y *¡Absalón, Absalón!* de William Faulkner.



THOMAS WOLFE (1900-1938) estudió en Harvard y causó sensación con su primera novela, *El ángel que nos mira*. Buena parte de su inmensa obra, entre la que destaca también la novela *Del tiempo y el río* (1935), se publicó de manera póstuma.

Traducción de José Ferrer Aleu



Una novela ambiciosa y voluminosa, estructurada en 40 capítulos de extensión media y atractiva lectura, a la manera bastante tradicional de novela de aprendizaje, algo de novela río o historia de una familia centrada en dos de sus protagonistas, el padre Olivert Gant, y el hijo menor de su matrimonio, Eugene, nacido en 1900. Gant, como se denominará a lo largo del relato al padre, era hijo de un inmigrante inglés de apellido original Gaunt, llegado a América en 1835, y que americanizó su apellido como Gant, simplificándolo. Tras su particular viaje

hacia el Oeste, se instaló en un pueblo montañoso, Altamont, trasunto literario de la ciudad natal del autor Thomas Wolfe (1900-1938), Ashville, en el estado norteamericano de Carolina del Norte. La novela es muy autobiográfica y llegó a ser equiparada a otras novelas de aprendizaje de Joice o de Faulkner; este último llegó a considerarle el mejor novelista americano, por delante de sí mismo. En su ciudad Ashville, incluso, se creó gran malestar por verse muchos de sus paisanos retratados en sus novelas con equívocas situaciones que no les gustaban o no les pertenecían.

NADAR, MERA METÁFORA, SOBRE TODO EN LOS FONDOS MARINOS

En la novela Wolfe evoca su propia juventud, hasta los 20 años, con ese telón de fondo de la I Guerra Mundial durante sus estudios universitarios. Y es extraño que no aparezca, en su propia formación de juventud, la aventura del Nadador, su propia aventura, aunque sí que aparece la Natación como metáfora muy frecuente y sobre todo marina (p.96): “¡Qué claro era el verde y limpio mar! Nadaban en él toda clase de peces.” O (p.219): “La luz que inundaba ahora el mundo era suave e irreal, como la que iluminaba los fondos marinos..., donde nadan los grandes peces.” De nuevo la metáfora de la natación submarina aparece al hablar de la formación moral y religiosa, y los maestros de ello desde Agustín a Jeremy Taylor (pag.406): “Y, desde los todavía más profundos recovecos, nadaban lentamente hacia las playas de su antiguo afán los grandes peces...” Así pues, parece que la Natación es para los “grandes peces” y en las profundidades marinas. O, a todo más, la natación de algún animal, como, durante un viaje por carretera, al cruzar sobre un pequeño torrente (pag.552) ... “Varios patos, ligeramente alarmados por su paso, nadaban y salieron del agua clara y les miraron con expresión grave, como pequeños coristas de blanco roquete”.

La Natación, sin embargo, aparece en la formación de los chicos, como es lógico en esas latitudes y en esos medios, y así, entre los títulos de los libros para chicos que evoca en algún momento, aparecen estos títulos (p.134): “*Valor y suerte, Húndete o nada, Firmeza, El tutor de Jack. Jed, el Hospiciano*”. Y durante una excursión con algunos amigos a Charleston, a la costa, al fin es sugerida, aunque en una referencia a la abundancia de la cerveza, a esa posibilidad de que los muchachos sean nadadores (p.438): “Podrás nadar en el océano, en la isla de las Palmas...”

Uno de los personajes clave de la novela es Eliza, la madre de Eugene, una mujer de una familia de la región, obsesionada con las propiedades inmobiliarias y que debe sufrir de continuo los insultos y ultrajes de su marido Gant cuando está borracho, pues ha alcanzado un alto grado de alcoholismo. En un momento determinado, decide separarse de su marido y pasar a vivir a una casa de huéspedes de su propiedad, Dixieland, llevándose consigo a su hijo pequeño (p.163):

“Eliza se llevó a Eugene. Era el último lazo que la ataba a toda la cansada vida de teta y de cuna; todavía dormía con ella por las noches; y ella era como una nadadora que se aventuraba

en un mar oscuro y proceloso, pero que, no confiando del todo en sus fuerzas y en su suerte, conservaba enrollada en su cuerpo una fina cuerda que se extendía hasta tierra firme.”

Hay abundantes intermedios reflexivos, más o menos poéticos, aquí y allá a lo largo de la novela. En los que sigue la metáfora del Nadador usada para hacerse comprender mejor por el protagonista, ya definitivamente Eugene Grant, trasunto del propio Thomas Wolfe (p.39):

“Era como si Dios hubiese levantado vivamente su batuta sobre la orquestación infinita de los mares, y el eterno movimiento se hubiese detenido, suspendido en la arquitectura sin tiempo de lo absoluto. O como esas películas que describen los movimientos de un nadador en un salto de trampolín, o de un caballo al saltar un obstáculo, en que el movimiento se petrifica súbitamente en el aire, interrumpiendo la inexorable terminación de un acto.”

En el intento de explicar su “fanatismo de la religión del azar” por el carácter introspectivo de su madre Eliza y el expansivo de su padre Grant, que cierra este largo párrafo de reflexión del propio Eugene Grant (p.40), vuelve una vez más a la metáfora del pez de los fondos marinos, de la que a lo largo de la novela le cuesta desprenderse:

“Indiferente a todos los abusos, estragos, dolores, tragedias, muertes y confusiones, la rígida necesidad marcaba el camino; no caía un gorrión del aire sin que su repercusión influyese en su vida, y la luz solitaria que descendía al amanecer sobre los mares viscosos e infinitos provocaba cambios marinos que le infundían nueva vida. El pez ascendía nadando desde las profundidades.”

Y una vez más, aplicada al nadador buceador, esta vez al referirse al joven Eugene Grant como repartidor de periódicos en su ciudad (p.370):

“Era como el marinero que se ahoga en la bodega y, agitando los brazos, sale a la mañana y a la vida a través de una escotilla; o como el buceador que se desespera entre los tentáculos de un pulpo y los corta para librarse de la muerte, y sube despacio desde el fondo marino hacia la luz.”

Y hasta para expresar la timidez de Eugene con una chica en un baile la comenta sirviéndose de la misma imagen del nadador en el fondo marino (p.578):

“Pero ahora estaban bailando lentamente allí, bajo una luz gris crepuscular que era como dolor y belleza, como la luz perdida del fondo del mar, donde nadaba su vida de tritón perdido, recordando el desierto.”

Parecía que el muchacho Eugene/autor Wolfe se veía a sí mismo como ese buceador eterno desde el fondo marino ascendiendo hacia la luz, y su vida

misma estaba inmersa en esa luz cenital que le atraía hacia una superficie que pudiera ser la plenitud deseada, ideal, la vida verdadera, en fin.

UNA VISIÓN DE NADADORES DESNUDOS EN EL MAR

El sueño heroico de Eugene de ir a la guerra o de ingresar en la Marina no podía ser posible de momento, por su corta edad, como había hecho uno de sus hermanos mayores; y en una visita al puerto de Norfolk, en donde se concentraban los barcos que iban a ir a la guerra, durante sus vacaciones antes de reincorporarse a sus estudios en la Universidad, por fin la natación deja de ser una metáfora, un recurso lingüístico, para convertirse en una imagen emotiva, emocionante, real, física, de nadadores desnudos. Desde el barquito que lo transportaba desde el tren al puerto, desfiló ante sus ojos un panorama fascinante (pp.624-625):

“Eugene pasaba por delante de los pequeños muelles
como en zancadas saltarinas, dejando atrás a los mirones, sofocando
gritos salvajes en su garganta. Los esbeltos destructores, el brillante y loco
camuflaje de los cargueros y los transportes, el rojo y perezoso giro
de una hélice medio sumergida y los vinosos y ligeros destellos
de las ondas se fundían en una sola radiación y le exaltaban.
Gritó a las fauces del ventarrón, respondiéndole,
y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Limpias figuritas vestidas de blanco se movían en las cubiertas de los barcos;
bajo las protuberantes bovedillas de un enorme buque francés,
nadaban unos jóvenes desnudos.
“Vienen de Francia – pensó él – y es extraño que estén aquí”.

¡Oh, maravilla, magia, pérdida! Su vida era como una ola enorme
que rompía en el mar solitario; su cresta hambrienta no encontraba barreras;
descargaba su fuerza contra nada, y estaba perdido y rasgado
como un jirón de niebla. Pero creía que ese éxtasis supremo que le dominaba
y le emborrachaba podría algún día fundir su fuerte luz en una sola articulación.
Él era Faetón con los terribles caballos del sol;
creía que su vida podría palpar constantemente
a impulso de su más fuerte rayo, alcanzar la cima eterna.

Esa “cima eterna”, esa “luz cenital” que le alzaba desde las hondas oscuridades
marinas hacia la luz, el entusiasmo y la vida verdadera, entrevistos en esos
muchachos franceses que nadaban desnudos entre los grandes barcos de guerra.
Una imagen de la libertad, sin duda. La retórica apasionada de Wolfe, literaria,
tantas veces poética, cierra su novela entre dos miradas, la del ángel de mármol
que había inspirado al viejo Gran y que mira a Eugene desde el porche del taller
de su padre, y la mirada del propio Eugen “hacia la imponente cordillera lejana”.

He aquí una muestra de este estilo apasionado de Wolfe, que desborda la narrativa, desde la advertencia inicial a los lectores:

Al lector

Este es un primer libro, y en él ha escrito el autor sobre experiencias ahora lejanas y perdidas, pero que antaño fueron parte del tejido de su vida. Por consiguiente, si algún lector dijere que el libro es «autobiográfico», el autor no podría contestarle; a su entender, toda obra seria de ficción es autobiográfica, y así, por ejemplo, no es fácil imaginar una obra más autobiográfica que Los viajes de Gulliver.

Sin embargo, esta nota va principalmente dirigida a las personas a quienes pudo conocer el autor en el periodo abarcado por estas páginas. A estas personas les diría algo que cree que comprenden ya: que este libro fue escrito con espíritu cándido y desnudo, y que el principal empeño del autor fue dar plenitud, vida e intensidad a las acciones y a los personajes del libro que creaba. Ahora que este va a publicarse, quisiera insistir en que es un libro de ficción, en el que no pretendió retratar a nadie.

Pero nosotros somos la suma de todos los momentos de nuestras vidas; todo lo nuestro está en ellos: no podemos eludirlo ni ocultarlo. Si el escritor ha empleado la arcilla de la vida para crear su libro, no ha hecho más que emplear lo que todos los hombres deben usar, lo que nadie puede dejar de usar. Ficción no es realidad, pero la ficción es una realidad seleccionada y asimilada, la ficción es una realidad ordenada y provista de un designio. El doctor Johnson observó que un hombre debe-

ría revolver media biblioteca para escribir un solo libro; de la misma manera, el novelista puede tener que estudiar a la mitad de la gente de una ciudad para crear un solo personaje de su novela. Esto no es todo el método, pero cree el autor que ilustra todo el método en un libro escrito desde media distancia y sin rencor ni mala intención.

... una piedra, una hoja, una puerta ignota; de una piedra, una hoja, una puerta. Y de todas las caras olvidadas.

Desnudos y solos llegamos al desierto. En su oscuro seno, no conocimos el rostro de nuestra madre; desde la prisión de su carne, vinimos a la prisión indecible e inexplicable de este mundo.

¿Quién de nosotros conoció a su hermano? ¿Quién de nosotros observó el corazón de su padre? ¿Quién de nosotros no estuvo siempre prisionero? ¿Quién de nosotros no será siempre un extranjero solitario?

Erial de perplejidad, en los ardientes laberintos; perdidos, entre brillantes estrellas, en esta tediosísima ceniza, ¡perdidos! Recordando sobrecojidos, buscamos el gran lenguaje olvidado, el perdido sendero que conduce al cielo, una piedra, una hoja, una puerta ignota. ¿Dónde? ¿Cuándo?

¡Oh fantasma perdido, batido por el viento, vuelve a nosotros!

Y una evocación biográfica del autor:

Thomas Wolfe nació en 1900 en la ciudad de Asheville, Carolina del Norte. A los quince años ingresó en la universidad de ese estado y más tarde completó una maestría en Harvard. Tras graduarse en 1920, enseñó literatura en Nueva York y luego comenzó a viajar por Estados Unidos y Europa mientras escribía sus narraciones y obras de teatro. El reconocimiento le llegó en 1929 con su primera novela, *El ángel que nos mira*, una obra fuertemente autobiográfica en la que retrataba su ciudad natal. Famoso por escribir manuscritos largos y caóticos, Wolfe tuvo una relación turbulenta pero fructífera con su primer editor, Maxwell Perkins, que le ayudó a encauzar su desbordante talento y a acabar su segunda novela, *Del tiempo y el río* (1935). El resto de su obra se publicó mayormente a título póstumo, e incluye otras dos novelas y numerosos relatos largos, a menudo publicados en volúmenes independientes. Considerado uno de los grandes escritores de su generación por pares como William Faulkner y Sinclair Lewis, Thomas Wolfe influyó luego en escritores de la talla de Ray Bradbury, Philip Roth y Jack Kerouac. Murió de tuberculosis en Baltimore con tan solo treinta y siete años.